

1

¿QUÉ SIGNIFICA SER CRISTIANO?

Para muchos, el cristianismo es una religión tan compleja, con tantos dogmas, con tantas normas morales y con tantas cuestiones sin respuesta convincente, que ante él se sienten perdidos y se ven en graves apuros cuando les piden que digan en pocas palabras en qué consiste ser cristiano.

Si para ser cristiano fuera necesario leer, entender y asimilar las 860 páginas del libro de Hans Küng "Ser Cristiano" o las 900 del libro "La entraña del cristianismo" de González de Cardedal, muchos nunca llegaríamos a serlo. Afortunadamente no es necesario ser teólogo para ser buen cristiano. Basta oír la llamada de Jesús y seguirle. Los teólogos judíos del tiempo de Jesús no lograron entenderle y menos seguirle, pero la gente sencilla, sí. Jesús dio gracias a Dios por ello: "Te doy gracias, Padre, porque has ocultado estas cosas a los sabios e inteligentes y se las has mostrado a los pequeños" (Lc 10,21)

La definición más breve del ser cristiano la pone el evangelista Juan en boca de Jesús cuando le dice a Pedro: "Tú sígueme" (Jn 21, 21-22). Naturalmente, sabiendo que detrás del seguimiento está la llamada del Padre, el don de la filiación divina y el don del Espíritu Santo, que nos impulsa a responder positivamente a la invitación: "tú sígueme".

La historia de nuestra vocación cristiana comienza en el Padre y termina también en el Padre, en el encuentro definitivo con él, pasando por una vida entera de seguidores de Jesús con la fuerza del Espíritu que nos guía e impulsa.

Para seguir a Jesús es necesario conocerlo y creer en él. Podemos decir que ser cristiano consiste en creer en Jesús, creer a Jesús y seguirle. Veamos cada uno de estos tres puntos.

1. Creemos en Jesús.

La palabra "creo" tiene significados tan variados como: opino, sospecho, me parece o estoy seguro. Cuando decimos creo en Jesús significa, ante todo, confío en él. Incluso en las relaciones humanas la palabra "creo" puede tener ese mismo significado. Por ejemplo, decirle a una persona: "creo en ti" significa mucho más que decirle: "te creo", porque lo primero se refiere a la persona entera y lo segundo a sus palabras: creo lo que me estás diciendo porque me parece objetivo. Creer en ti significa: me adhiero a ti porque toda tu persona me inspira amistad, confianza, fiabilidad. Y, precisamente porque creo en ti, te creo a ti, acepto como verdaderas tus palabras.

En el caso de Jesús, que ya no es un personaje visible, el "creo en ti", requiere un acto de fe previo: creo que vives, creo que tú estás ahí, creo que cuanto te miro no estoy mirando al vacío y cuando te hablo no estoy hablando solo. Lo específico de la fe cristiana no es creer en Dios, sino creer en Jesús de Nazaret, creer que resucitó y vive. "Lo que queremos decir cuando profesamos creer en Jesús debe explicitarse a partir de lo que llamamos su Resurrección. Y la aceptación de ésta es lo que constituye al hombre en creyente"¹ cristiano. Por eso la piedra angular y el primer paso de la fe cristiana es éste: creo que Jesús, el Hijo de Dios, resucitó y vive.

A este respecto, un teólogo actual dice que la fe en Jesucristo "pasa por otra aceptación, la de que Jesús vive; que el Padre lo ha resucitado y con ello ha dado un definitivo Sí a lo que su vida significó, a pesar del fracaso de la muerte. Esta mención nos remite a la otra serie de encuentros con Jesús de los que hablan los primeros testimonios cristianos: las experiencias del Resucitado fueron más constituyentes para la fe cristiana que los mismos encuentros ocurridos en vida de Jesús. Porque, sin la respuesta de Dios que es la resurrección, todo lo de Jesús baja de nivel a lo simplemente humano, su pretensión queda frustrada"².

¹ J. I. González Faus, *Qué significa creer en Jesús*, p 6

² J. Gómez Caffarena. *Condiciones del encuentro auténtico del creyente actual con Jesucristo*. Fundación Santa María 1984 p 33.

San Pablo, que no conoció a Jesús durante su vida terrena, pero lo experimentó resucitado, insiste fuertemente en el hecho de la resurrección de Jesús y acumula testimonios para demostrarla, convencido de que, si Cristo no resucitó, nuestra fe en él está totalmente vacía de contenido; estaríamos creyendo en puras fantasías. Es impresionante, a este respecto, leer 1 Cor, 1-8. El mismo S. Pablo escribe a los Romanos: "Si crees en tu corazón que Dios le resucitó de entre los muertos, te salvarás" (Rm 10,9).

Crear en Jesús implica optar por Él y adherirse de todo corazón a su persona de tal manera que sea él quien dé sentido a nuestra vida y marque la pauta de nuestro caminar; es confiar plenamente en él, ponerse en sus manos sin el menor temor. "Crear es fiarse de Alguien, asentir a la llamada del Extraño que invita, poner la propia vida en las manos de Otro, para que sea él el único y verdadero Señor. Según una sugestiva etimología medieval "crear" significaría "cor dare", entregar el corazón, ponerlo incondicionalmente en las manos de Otro"³.

San Pablo, el apóstol más apasionado por Jesucristo, decía: "sé en quien puse mi confianza" (2 Tim 1,12). Pablo abrió totalmente las puertas de su vida a Cristo Resucitado y él invadió toda su persona. De ese modo Cristo se convirtió dentro de él en un principio de vida, en la fuerza que lo conducía. Por eso escribió: "Ahora no vivo yo, sino que Cristo vive en mí"(Gál 2,20). Cuando Cristo entra así en nuestras vidas hace de nosotros otro Cristo, nos lleva a tener sus mismos sentimientos, su mismo amor, sus actitudes y su modo de actuar. Todo eso y mucho más significa creer en Jesús.

2. Creemos a Jesús.

Porque creemos y confiamos en Jesús, creemos a Jesús y creemos, es decir, confiamos también en el Dios, que él no lo ha presentado como Padre lleno bondad y ternura y como comunidad de tres personas.

2.1. Creemos en el Dios y Padre de Nuestro Señor Jesucristo.

De entrada, el evangelio de Juan dice categóricamente: "A Dios nadie lo vio jamás; el Hijo único que es Dios, y que está en el seno del Padre, es quien nos lo ha dado a conocer"(Jn 1,18). Jesucristo, el único capacitado para revelarnos al Padre, nos lo ha dado a conocer mediante su persona, sus sentimientos, sus actitudes, su modo de ser y también con su vida y con sus palabras. Por eso, cuando Felipe le pide sin rodeos: "Muéstranos al Padre; eso nos basta". Y Jesús le contestó: "Llevo tanto tiempo con vosotros, ¿y aún no me conoces, Felipe? El que me ve a mí, ve al Padre"(Jn 13,8-9). En otro lugar de su evangelio Jn nos dice que la fe en Jesús lleva necesaria e inmediatamente a la fe en el Padre: "El que cree en mí, no cree en mí, sino en el que me ha enviado; y el que me ve a mí, ve al que me ha enviado (Jn 12,44-45).

Del creer a Jesús en lo que nos dice acerca de Dios pasamos inmediatamente a creer en el Dios de Jesús, a confiar en él, a ponernos totalmente en sus manos. Es Jesús mismo, con la fuerza de su palabra y de su Espíritu, quien nos ayuda a dar el salto. Dos rasgos fundamentales resalta Jesús en el Dios en quién él y nosotros confiamos: que es amor y que es Padre.

Creemos en el Dios que es Amor

"Dios es amor"(1Jn 4,8) es una de esas frases luminosas que, como un relámpago, bastan para iluminar de repente todo el horizonte. Dios no tiene amor propiamente hablando, sino que es amor"¹. Es amor hacia dentro, en la comunidad trinitaria: el Padre, todo él, es amor al Hijo y el Hijo, todo él, es amor al Padre y el Espíritu Santo es el Amor del Padre y del Hijo. Dios es amor también hacia fuera, al mundo y a los seres humanos. El mismo Jn dice en su evangelio: "tanto amó Dios al mundo que le entregó a su propio Hijo" (Jn 3,16).

La mejor imagen humana para expresar de manera dinámica que Dios es amor es afirmar que es Padre y Madre, aunque Jesús, obligado por las condiciones sociológicas de la familia patriarcal de la época, sólo dijera que era Padre.

³ B. Forte , oc p 6

Creemos en el Dios que es Padre-Madre

En el A. Testamento se le llama a Dios Padre solo una docena de veces y se habla de una paternidad sobre el conjunto del pueblo, no sobre cada persona. En cambio en los evangelios aparece al menos 170 veces la palabra Padre, sobre todo en las oraciones que Jesús dirige a Dios. Jesús usa la palabra "Abbá", cuya mejor traducción es papá. Este modo de tratar a Dios era para los judíos una innovación, una osadía y una falta de respeto imperdonables. "Recordemos que en el judaísmo del tiempo de Jesús la distancia y superioridad de Dios con relación a los hombres se reflejaba en la prohibición de pronunciar su nombre. Para evitarlo se daban rodeos diciendo "el Altísimo", "los Cielos", "el Santo", "el Señor". Esto revela hasta qué punto resultaba inconcebible cualquier familiaridad con Dios. De hecho, a pesar del ejemplo de Jesús, y después de tantos siglos, todavía hoy nos resistimos a la traducción más obvia y espontánea de "papá"⁴.

“Jesús mismo proclama solemnemente que todo hombre y toda mujer son hijos de Dios, puesto que, cuando se le pregunta, enseña: cuando recéis, decid: “Padre, Abbá” (Lc 11,2; Mt 6,9). Así culmina dentro de nuestra tradición bíblica la captación humana de lo que Dios, desde siempre, quiere ser para nosotros: Padre entregado en un amor tan infinito como su mismo ser y que únicamente espera de nosotros que, comprendiéndolo, nos atrevamos a responder con la máxima confianza de que sea capaz nuestro corazón”⁵.

Al llamar “Padre” a Dios, el cristiano sabe que, pase lo que pase y haga lo que haga, Dios le va seguir queriendo y le abrirá los brazos sin hacerle reproches, como se dice en la entrañable parábola del hijo pródigo (cf. Lc 15, 11-32). Pablo escribe a los Romanos: “Estoy seguro de que ni la muerte ni la vida ni los ángeles ni los principados ni lo presente ni lo futuro ni las potestades ni la altura ni la profundidad ni otra criatura alguna podrá separarnos del amor de Dios que está en Cristo Jesús Señor nuestro”(Rm 8, 38-39). Nadie nos puede arrancar del amor que Dios nos tiene, sólo nuestra libre y terrible decisión de separarnos de él.

Jesús llamó reiteradamente a Dios “Padre”, ¿por qué no llamarme hoy también “Madre”? “Analizando las cosas serenamente parece claro que no tenemos más motivos para emplear el masculino que el femenino cuando nos referimos a Dios, ya que Dios no es ni masculino ni femenino. Quizás era inevitable que unos pueblos que consideraban evidente la superioridad del varón sobre la mujer atribuyeran a Dios caracteres masculinos. Pero seguir haciéndolo hoy, además de herir la sensibilidad de muchas personas, provoca la irritación de no pocas mujeres”⁶.

Dios no es varón porque lo llamemos "Padre" ni mujer porque lo llamemos "Madre". Pero la imagen de la madre es tan adecuada o más para referirnos a Dios que la del padre. Si predominó el llamar a Dios Padre, fue ante todo por motivos culturales que hoy ya no resultan válidos. La legitimidad teológica de utilizar el femenino para referirnos a Dios está fuera de toda duda. Otra cosa son las consideraciones lingüísticas o sociológicas. Desde el punto de vista del amor y la conducta para con los hijos, en líneas generales, las madres ofrecen una imagen más adecuada que los padres para aplicarla a Dios por analogía.

Concluyendo, podemos decir que ser cristiano implica tener la confianza que Jesús tenía en Dios como Abbá, Padre suyo.

2.2. Creemos que Dios es comunidad de tres Personas.

Algo absolutamente insospechado que nos descubrió Jesús acerca de Dios es que, siendo uno solo Dios, sea, a la vez, tres personas. Esta verdad es la más específica de la fe cristiana; la fe en un sólo Dios nos hermana con los judíos y los musulmanes, mientras que la fe en las tres Personas divinas nos distingue de ambas religiones.

La comunidad trinitaria no es un misterio lejano para nosotros, sino que estamos dentro de ella y ella está dentro de nosotros. En primer lugar, estamos dentro de ella, porque el Padre nos ha elegido en su amado

⁴ L. González-Carvajal, *¡Noticias de Dios!*, Sal Terrae, Santander 1997 p. 108

⁵ A. Torres Queiruga, *Recuperar la Creación*, Santander 1998, p. 66

⁶ Ib. 215.

Hijo y nos ha unido a él hasta formar un solo cuerpo con él. El Padre y el Hijo han enviado al Espíritu Santo a nuestros corazones. Así, la fuerza del Espíritu y la comunión con Cristo, nos arrebatan y nos introducen en esa comunidad trinitaria en la que el Padre nos quiere en el Hijo como verdaderos hijos suyos, el Hijo nos ama como hermanos y el Espíritu Santo, que es Amor, invade y agranda nuestro pequeño amor y nos hace también a nosotros amor a la Trinidad y a los hermanos. De ese modo quedamos introducidos en la familia trinitaria y en su círculo de amor.

En segundo lugar, esa comunidad de amor, la Santísima Trinidad, habita en nosotros, según dice Jesús mismo: "El que me ama, se mantendrá fiel a mis palabras. Mi Padre le amará, y mi Padre y yo vendremos a él y viviremos en él"(Jn 14,23). Nosotros podemos adorarla y decir "Gloria al Padre, al Hijo y al Espíritu Santo", no mirando a las nubes, sino a nuestro propio interior.

En conclusión, ser cristiano implica y exige tener esta fe y esta experiencia de comunión con la Trinidad y un confianza total en ella.

2. 3. "Creemos en el Espíritu Santo, Señor y dador de vida"

En la etapa histórica que sigue a la ascensión de Jesús a los cielos, el Padre ha enviado al Espíritu Santo a nuestros corazones y el Hijo lo ha hecho su "vicario", es decir, el encargado de acompañar a la comunidad cristiana para guiarla y ayudarle a vivir el amor al Padre y el seguimiento de Jesús. Vicario es el que hace las veces de otro. Jesús mismo nos dice que cuando se vaya nos enviará al Espíritu Santo para que haga sus veces y continúe la obra que él inició (Jn 14,12-18. 26; 16,7).

El Espíritu es, en lo profundo de nosotros mismos, el amor que nos garantiza que Dios nos ama. Este es el verdadero sentido de ese versículo tan conocido: "el amor de Dios ha sido derramado en nuestros corazones (Rm 5,5). Nos garantiza que somos hijos de Dios y nos impulsa a llamarle con todo derecho "Abbá", "Papá" (Gal 4,6; Rm 8,15). El Espíritu Santo está presente en los cristianos tratando de llevarles a hacer las mismas obras que hizo Jesús (Jn 14, 12).

En consecuencia, ser cristiano implica creer, confiar en el Espíritu Santo y dejarle actuar en nosotros y a través de nosotros.

3. Seguimos a Jesús

3. 1.¿En qué consiste el seguimiento de Jesús?.

Como ya dijimos, la síntesis mejor de lo que significa ser cristiano la encontramos en estas dos palabras de Jesús a Pedro: "Tú sígueme" (Jn 21,22). Los muchos relatos de vocación que encontramos en los evangelios nos muestran que el seguimiento es una respuesta libre a una llamada gratuita. Jesús es quien toma la iniciativa. Es él quien nos sale al encuentro.

Seguir a Jesús no significa conocer su vida, contemplarlo a través de los evangelios, ver cómo actuaba y tratar de hacer nosotros lo mismo que El hizo. Eso no es el seguimiento de Jesús; es, más bien, la imitación de un modelo externo, que en este caso es Jesús, pero podría ser un santo u otra persona excepcional. Imitamos a los santos, pero no los seguimos, ya que por mucho que les queramos, son siempre modelos que están fuera de nosotros.

El seguimiento se refiere siempre a Cristo porque no es imitación de un modelo externo y no consiste en fijarnos en lo que El hizo y cómo lo hizo para repetirlo literal y anacrónicamente. Lo repito, Cristo no es para nosotros un modelo externo. El resucitó y vive en nosotros y es, dentro de nosotros, principio de vida y de acción. El seguimiento es una progresiva unión con Cristo. De esta unión brota un nuevo modo de vivir. San Pablo lo experimentó tan fuertemente que pudo escribir: "ya no vivo yo, es Cristo quien vive en mí"(Gal 2,20). El seguimiento consiste en dejarse poseer y conducir por Cristo. No consiste en copiar lo que El hizo ni en tratar de sentir como El; es mucho más: es hacer nuestros esos sentimientos suyos que ya llevamos dentro, puesto que El ha entrado en nuestra vida, vive en nosotros y siente en nosotros.

¿Cuáles son esos sentimientos? El sentimiento fundamental de Jesús de Nazaret, el que determina el sentido de su vida y su modo de existencia, es la experiencia de Dios como "Abbá", es decir, como Padre entrañablemente cercano y familiar, como papá o "papito", según traduce la Biblia pastoral latinoamericana. Este es el sentimiento o experiencia que fundamenta y traspasa toda la vida y las acciones de Jesús. Este sentimiento es también la fuente de la que surgen en Cristo dos actitudes que determinan su estilo de vida: un amor y fidelidad inquebrantables al Padre y un amor y una disponibilidad absoluta al servicio de los demás. Estos dos sentimientos o actitudes se pueden sintetizar en dos palabras: filiación y fraternidad.

Seguir a Cristo no significa suscitar en nosotros esos dos sentimientos o actitudes de filiación y de fraternidad; significa mucho más: como El vive en nosotros y estamos unidos a El, comulgamos sus mismos sentimientos y actitudes y, de ese modo, El en nosotros y nosotros en El, tratamos de vivir su inquebrantable fidelidad al Padre y su absoluta disponibilidad para con los hermanos.

De ahí, de esa fuente surge en nosotros un estilo de vida que no copia lo que Cristo hizo, ni siquiera lo que Cristo haría hoy, sino que es lo que Cristo hace realmente hoy en nosotros y por medio de nosotros, que somos para él como una nueva humanidad que lo hace visible.

Seguir a Cristo implica, no sólo imitar su estilo de vida, sino asumirlo, dejándonos conducir por el mismo Espíritu que le condujo a El; el Espíritu Santo que habita en nosotros. Implica también asumir y proseguir su misión de anunciar, vivir, mostrar y abrir caminos al Reino de Dios en nuestro medio. Y si asumimos su estilo de vida y su misión, indudablemente vamos a correr también sus mismos riesgos y su misma suerte de incompreensión, rechazo, calumnia y persecución.

Nada de esto podemos alcanzar con nuestras solas fuerzas. Pero contamos con la fuerza de lo alto que Jesús prometió a sus seguidores (Lc 24, 49). Cristo mismo nos ha dado esa fuerza: su Espíritu. Es el Espíritu Santo quien hace posible nuestro seguimiento de Jesús. Por eso, ser cristiano se resume en esto: seguir a Jesús con la fuerza del Espíritu.

3. 2. Exigencias radicales del seguimiento.

Jesús, a quienes El llamaba o a quienes espontáneamente le salían al paso decididos a seguirle, les proponía unas condiciones de vida muy radicales. Les proponía, sencillamente, su mismo modo de vida. Recordemos, por ejemplo, este pasaje: "Mientras iba caminando, uno le dijo: te seguiré a donde vayas. Jesús le dijo: las zorras tienen guaridas y las aves del cielo nidos, pero el Hijo del Hombre no tiene dónde reclinar su cabeza"(Lc 9,57-58).

Este tipo de exigencias se denomina radicalismo evangélico. Este radicalismo se puede entender de dos modos: uno subjetivo y otro objetivo. En sentido subjetivo, es decir, desde la vida y los compromisos del seguidor de Jesús, el radicalismo evangélico es la opción por asumir y llevar a la práctica hasta las últimas consecuencias ese programa de vida que es el Evangelio. En sentido objetivo, el radicalismo es un conjunto de exigencias muy fuertes, a veces, insólitas, contenidas en los evangelios, especialmente en los tres sinópticos, que se proponen como estilo de vida a los que quieren seguir a Jesús. Estas exigencias se agrupan en torno a varios núcleos. Los tres principales son los siguientes:

- a) La persona misma de Jesús. Para quienes se proponen seguirle, Jesús ha de estar por encima de todo y de todos. Para ello, quienes se deciden a seguirle, han de romper inmediatamente con cualquier atadura, sea del tipo que sea: familia, profesión, bienes y hasta su propia vida. Y no deberán volver la cabeza atrás, añorando lo que han dejado (cf Mt 10,37; Lc 9,59-62; 14,26-31; Mc 8, 34-9,1; Mt 10,37-39). El seguidor de Jesús no puede poner nada por encima de él y ha de vivirlo todo desde la unión con El: las relaciones familiares, laborales, sociales, etc.
- b) El Reino de Dios. Este es para Jesús el valor supremo que hay que adquirir aún a costa de todo lo que se posee; por el que vale la pena sacrificarlo todo, hasta la propia vida (cf. Mt 10,37; 13,44; Lc 14, 26; Mc

9, 42-47; Lc 9,55s). Hay que buscar primero el Reino de Dios. Todo lo demás se nos dará por añadidura (cf Mt 6,33).

- c) El amor al prójimo. Esta es la prueba inequívoca de la autenticidad del amor a Dios (cf 1Jn 3,10; 4,20; Jn 13,34; 15,12). Las exigencias de Jesús en cuanto al amor a los demás eran insólitas para sus contemporáneos: amar a los demás como a uno mismo, amarles como El nos amó, amar a los enemigos, perdonar sin límites, etc. (cf Mt 5,44; 18,21-22. 37-39; Mc 12,30-31; Lc 6,27-35; 10, 25-27).

Algunos piensan que el radicalismo evangélico es sólo para un cuerpo especializado dentro de los seguidores de Jesús. Es para todos. El radicalismo entendido en sentido subjetivo, como actitud, entrega y vivencia del Evangelio, es igual para todos los cristianos. El radicalismo tomado en sentido objetivo es también para todos. En efecto, Cristo, el Reino y los hermanos tienen que ser lo primero para todos. Lo que varía son los medios y los modos de vivir ese radicalismo. De una manera lo viven los religiosos y de otra los seculares.

Los casados, por ejemplo, viven de un modo diferente y con otros medios su fidelidad radical al evangelio. Ellos no dejan su casa, su cónyuge o sus hijos para seguir a Jesús. De ese modo irían en contra de la voluntad de Dios y de su propia vocación al matrimonio. Ellos viven la primacía de Jesús, del Reino y de los hermanos en las relaciones matrimoniales y familiares y en la apertura, desde la familia, al amor a los demás.

3. 3. El seguimiento de Jesús ha de ser histórico y creativo

El seguimiento de Jesús no es ahistórico, no seguimos a Jesús si copiamos más o menos literalmente lo que él hizo en el momento histórico en que vivió. Estamos llamados a seguirle creativamente en el momento histórico y en el contexto social en que vivimos hoy cada uno de nosotros. No tiene las mismas expresiones ni las mismas exigencias seguir a Jesús en Bolivia o en Estados Unidos, seguirle en el tiempo de los nacionalismos cerrados que en el de la globalización.

Hoy, por ejemplo, estamos llamados a seguir a Jesús en medio del este sistema neoliberal, que el magisterio de la Iglesia considera perverso. Se trata de un sistema que genera la exclusión social y aumenta constantemente el número de excluidos. El sistema excluye a todos los que no son necesarios para su funcionamiento o como sujetos (capitalistas) o como objeto de explotación (consumidores). Excluidos son muchos ancianos, los desempleados, mendigos, enfermos, los sin techo, los sin voz, etc. La Conferencia de Santo Domingo (1992) dice: "Nos conmueve hasta las entrañas el ver continuamente la multitud de hombres y mujeres, niños y jóvenes y ancianos que sufren el insoportable peso de la miseria así como diversas formas de exclusión social, étnica y cultural"(SD.179).

Como seguidores de Jesús y movidos por el Espíritu Santo que le llevó a él a la Galilea de la marginación, en esta situación de globalización neoliberal, nos sentimos impulsados a:

- a) Ir al encuentro de los excluidos. Jesús se identificó con ellos y trató de integrar de nuevo en la sociedad a todas las víctimas de la exclusión social de su tiempo: los pobres, los leprosos, los pecadores, las prostitutas (cf Lc 1,52;6,20; 18,10; Mc 2,40-44; Mt 11,5.19; 21,31; Jn 8, 10-11). Igual que él, todos sus seguidores tenemos que ir al encuentro de los excluidos.
- b) Erradicar de nosotros el espíritu neoliberal. Somos hijos de la sociedad y de la cultura globalizada neoliberal, ella, sin pedirnos permiso, nos ha educado, nos ha socializado, nos ha llenado de su espíritu y ahora tenemos que expulsar de nosotros ese espíritu maligno.
- c) Defender la vida. Los seguidores de Jesús, ante el sistema neoliberal marcado por signos de muerte y de opresión, estamos llamados a defender la vida y una vida digna para todos.
- d) Comprometernos en la creación de una sociedad más solidaria. Como seguidores de Jesús hemos de ser solidarios y hemos de comprometernos en la construcción de una comunidad humana en la que la persona no se destruya ni se diluya, sino que se desarrolle. La respuesta adecuada a una cultura de egoísmo como es el neoliberalismo, es una cultura de la solidaridad.
- e) Luchar por la humanización del sistema. Sin aceptarlo como modo de organizar la sociedad y la economía, tenemos que ver cómo se pueden abrir caminos al Reino de Dios a través de las grietas que han ido abriendo en el sistema todos los correctivos que significan defensa de la persona, de los

pobres, de la igualdad, de la participación, la justicia, etc. No podemos esperar tranquilamente hasta que los excesos lleven al sistema al caos. Tenemos que actuar ya, como infiltrados que van introduciendo el fermento del Evangelio, en las pocas grietas que tiene abiertas.

Para dialogar

- a) *¿Qué dimensiones del ser cristiano tenemos más olvidadas?*
- b) *¿Por qué muchos dicen hoy que Dios es Padre-Madre para nosotros?*
- c) *¿Qué significa la afirmación de que el Espíritu Santo es el Vicario de Cristo?*
- d) *¿Qué es el radicalismo evangélico y cuáles son sus núcleos fundamentales?*
- e) *¿En qué se distinguen la imitación y el seguimiento de Jesús?*
- f) *¿Qué implica el hecho de que el seguimiento de Jesús sea histórico?*

2

DIMENSIONES DE LA VOCACIÓN CRISTIANA SEGÚN EL IDEARIO

Este capítulo el Ideario tiene dos apartados: el primero se titula “Dimensiones de la vocación cristiana” y comprende solamente el n. 12; el segundo se titula “Radicalismo evangélico” y comprende seis números, del 13 al 18. Estos números tratan tres temas de excepcional importancia en la vida cristiana: el seguimiento de Jesús, el radicalismo evangélico y la vida según el espíritu de las bienaventuranzas.

Hasta hace algunos años estos tres temas se consideraban patrimonio exclusivo de los religiosos y sacerdotes. Se pensaba que sólo ellos estaban llamados al seguimiento de Jesús, al radicalismo evangélico y a la vida según el espíritu de las bienaventuranzas. Los seglares teníamos bastante con cumplir los diez mandamientos de la ley de Dios y los cinco de “la santa Madre Iglesia”. Gracias a Dios, estos tres puntos han sido recuperados también para los seglares.

No se trata de tres temas inconexos, ni siquiera diferentes, ya que el radicalismo evangélico forma parte del seguimiento de Jesús y las bienaventuranzas, a su vez, son la expresión genuina del radicalismo evangélico y la carta de magna de los seguidores de Jesús. Estamos llamados a seguir a Jesús con radicalismo, es decir, sin rebajas ni componendas, y a vivir como él vivió, es decir, según el programa de las bienaventuranzas.

El primer apartado, el n° 12, describe el origen trinitario de la vocación cristiana y presenta las características de la vocación que surgen de la referencia a cada una de las tres divinas personas. Estamos hechos a imagen de la Trinidad. Termina refiriéndose a la dimensión eclesial y escatológica de la vocación cristiana.

12 *Ya antes de que existiéramos, el Padre nos eligió en la persona de Cristo para ser santos en el amor y nos destinó, en Cristo, a ser sus hijos (cf Ef 1, 4-5).*

En el bautismo, que explicita y realiza el proyecto del Padre, hemos sido hechos verdaderamente hijos de Dios y partícipes de la naturaleza divina (cf Gal 4,5; 1Jn 3,1); hemos sido revestidos de Cristo (Gal 3,27) y unidos a El para formar un solo Cuerpo (1Cor 12,12; Gal 3,28); hemos recibido al Espíritu Santo, que sella y atestigua nuestra condición de hijos (cf Rm 8, 15-16; Gal 4, 6-7), habita en nosotros, nos hace templos de Dios (Rm 8,9; 1 Cor 6,19) y nos enriquece con sus dones, especialmente con la caridad, carisma supremo (cf 1Cor 12,13), que nos impulsa a amar a Dios y al prójimo (cf Rm 5,5).

Por el bautismo hemos sido incorporados a la Iglesia, nuevo pueblo de Dios (cf LG 14 a).

Por esta elección de Dios y por sus dones estamos llamados todos a la perfección de la vida cristiana (cf LG 40b), siguiendo a Jesús bajo la acción del Espíritu, y a compartir un día la herencia definitiva de Cristo (cf Rm 8,17).

1. Dimensión trinitaria de nuestra vocación

Lo que más destaca en este número es la referencia a la Trinidad y a su acción en nosotros. Los dos primeros puntos de este número presentan el origen y la dimensión trinitaria de la vocación cristiana y resaltan el bautismo como un momento excepcional de la acción conjunta de las tres divinas personas en nosotros. El párrafo tercero se refiere a otra dimensión de la vocación cristiana: la incorporación a la Iglesia como familia de Dios y Cuerpo de Cristo, para vivir en comunidad nuestra condición de hijos de Dios y de seguidores de Jesús. Finalmente el párrafo cuarto presenta bien articuladas tres dimensiones de la vocación cristiana: la llamada a la

santidad, el seguimiento de Jesús bajo la acción del Espíritu y la invitación a compartir un día la herencia del Reino en su plenitud escatológica. A continuación vamos a explicitar más todos estos contenidos.

El comienzo y el final de este número nº 12 nos hacen ver que el Padre está en el origen de nuestra vocación (es él quien toma la iniciativa) y está también en el término final de nuestro itinerario vocacional que es la herencia definitiva de los hijos de Dios, el Reino en su etapa última, al final de los tiempos. En todo este camino que hacemos como Iglesia y que va del Padre al Padre, avanzamos unidos a Cristo y con la fuerza del Espíritu.

“Esta llamada de Dios Padre, por medio de Jesucristo y el Espíritu, es la vocación cristiana. Adquiere unas características interpersonales muy fuertes y densas. Ya no es una llamada de un anónimo sistema de valores, tampoco la llamada de otras personas o grupos humanos, tampoco la de una trascendencia indefinida. La vocación cristiana es percibida como la llamada del Dios vivo, que ha hecho mención de sí en nuestra historia, que se ha encarnado en su Hijo, ha caminado y vivido con nosotros. En el origen de la experiencia cristiana de la vocación está Jesús resucitado, está su Espíritu, iluminándonos y comunicándonos la certeza de la llamada”⁷.

Dice este número del Ideario: “Ya antes de que existiéramos, el Padre nos eligió en la persona de Cristo para ser santos en el amor y nos destinó, en Cristo, a ser sus hijos”. Estas palabras son una cita casi literal de Ef. 1, 4-5, donde Pablo nos revela el inmenso amor con que el Padre nos ama. El, antes de que comenzara a contar el tiempo, pensó en nosotros, nos vio en Cristo, unidos a El, que es la cabeza de la nueva humanidad, y nos eligió para ser enteramente posesión suya, es decir, santos, ya que El es el santo y al posesionarse de nosotros su santidad nos invade y nos hace santos. Somos santos ante todo por el amor que El nos tiene.

Esta elección es un acto de amor de Dios que nos hace hijos adoptivos en su Hijo Unigénito. Dicho de otro modo, por la unión con su Hijo primogénito nos convertimos en hijos del Padre. Gracias a ello, podemos dirigirnos a él con la misma intimidad y confianza con que lo hacía Jesús, llamándole “Abbá”, “Papá”. Eso no es un atrevimiento, como se decía antiguamente en la introducción a la oración del Padrenuestro en la misa, sino que es un derecho que hemos adquirido por pura gracia.

2. El bautismo, momento extraordinario de la acción trinitaria en nosotros.

Antes de comentar este punto del Ideario, es conveniente recordar que la Trinidad es comunión de vida y comunión de acción de las tres divinas persona, pero atribuimos unas cosas al Padre, otras al Hijo y otras al Espíritu Santo, aún sabiendo que los tres siempre actúan juntos, como dice un teólogo actual, “siempre concelebran”.

En el bautismo intervienen simultáneamente, en una única acción, el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo. Gracias a esta intervención trinitaria, en el bautismo se realiza de manera inicial y germinal el proyecto que Dios tiene sobre nosotros. El bautismo nos introduce en el misterio trinitario e introduce el misterio trinitario en nosotros. A continuación veremos lo que este número del Ideario atribuye a cada una de las tres divinas personas.

La acción trinitaria atribuida al Padre: nos hace hijos

En el bautismo somos hechos verdaderos hijos de Dios, participamos de su naturaleza divina y entramos en su intimidad. La cita de Gal 4, 5 en la que se fundamenta esta afirmación indica que es el Espíritu Santo quien nos diviniza y nos transforma en hijos, nos introduce de tal modo en la intimidad con Dios que le podemos llamar también nosotros “Abbá” (Gal 4, 5-6).

Ante esta increíble realidad, Juan en su primera carta exclama: “Mirad qué amor nos ha tenido el Padre para llamarnos hijos de Dios, pues lo somos” (1Jn 3,1). La exhortación postsinodal Ch.L. dice que “por el santo bautismo somos hechos hijos de Dios en su Unigénito Hijo, Cristo Jesús. Al salir de las aguas

⁷ JCR García Paredes, oc. III p.57

de la sagrada fuente, cada cristiano vuelve a escuchar la voz que un día fue oída a orillas del río Jordán: “Tú eres mi Hijo amado, en ti me complazco” (Lc 3,22); y entiende que ha sido asociado al Hijo predilecto, llegando a ser hijo adoptivo (cf. Gal 4, 4-7)” (ChL.11c)

La acción trinitaria atribuida al Hijo: nos hace un solo cuerpo con él

Este número del Ideario dice que “hemos sido revestidos de Cristo”. Estas palabras están tomadas de Gal 3,27 donde se dice: “Todos los bautizados en Cristo os habéis revestido de Cristo”. Como ya dijimos, el verbo revestirse en boca de Pablo no significa ponerse algo encima, sino dejarse emparar, ser transformado en Cristo, ser como El, tener sus mismos sentimientos y sus mismas prácticas.

El Ideario, siguiendo el hilo de la carta a los gálatas continúa diciendo que estamos unidos a Cristo para formar un solo cuerpo (Gal 3,28). El mismo Pablo dice a los corintios: “porque en un solo Espíritu hemos sido todos bautizados, para formar un solo cuerpo” (1 Cor 12,13). Igualmente en la carta a los romanos, para expresar la relación de Cristo con su Iglesia, utiliza la comparación del cuerpo humano y dice que formamos todos un mismo Cuerpo, del que Cristo es la Cabeza (1 Cor 12; Rom 12,5; Ef 5,30; LG 7). Esta comparación del cuerpo, además de resaltar la comunión con Cristo, resalta los tres aspectos siguientes:

- La unión en la diversidad. Como escribió el mismo Pablo (1Cor 12), en el cuerpo no todos son cabeza; hay diversidad de miembros y de funciones. La unión se hace desde la diversidad. El afán de uniformar es contrario a la condición de Cuerpo de Cristo con variedad de miembros. No se trata de acabar con las diferencias, sino de unir las riquezas que esas diferencias comportan.
- Resalta también la complementariedad mutua. Todos los miembros de la Iglesia se complementan y tienen que desarrollarse armónica y solidariamente y todos tienen que gozar del espacio y de las oportunidades para cumplir las funciones que les corresponden en orden al bien común del cuerpo eclesial.
- Resalta, finalmente la acción de Cristo en la Iglesia. De Cristo, que es la cabeza y el corazón de la Iglesia, viene el flujo vital a todos los miembros del cuerpo. El evangelista Juan expresa plásticamente esta idea con la alegoría de la vid y los sarmientos (Jn 15,1ss).

La acción trinitaria atribuida al Espíritu: él es la fuerza divina que nos impulsa a vivir como hijos y como hermanos

Este número del Ideario dice que en el bautismo “hemos recibido al Espíritu Santo”, que el Padre y el Hijo envían a nosotros para que sea El quien avale nuestra condición de hijos de Dios, nos introduzca en la intimidad trinitaria y nos haga capaces de hablarle al Padre con esa palabra increíblemente familiar: “Abbá”, “Papá” (Gal 4,6; Rm 8,15). El Espíritu Santo es quien sella y garantiza nuestra condición de hijos de Dios: “El Espíritu mismo se une a nuestro espíritu para dar testimonio de que somos hijos de Dios (Rm 8,16). La presencia misma del Espíritu Santo en nosotros es la mayor garantía de que somos hijos de Dios. “La prueba de que sois hijos es que Dios ha enviado a nuestros corazones el Espíritu de su Hijo que clama: Abbá, Padre” (Gal 4,6).

El Espíritu Santo habita y actúa permanentemente en nosotros. El es quien nos ayuda vivir como hijos y como hermanos. Es la fuerza interior que nos ayuda a vivir la vida cristiana en su doble e inseparable dimensión de amor a Dios y a los demás.

“Habita en nosotros”, dice el Ideario, copiando la carta a los Romanos: “El Espíritu de Dios habita en vosotros. El que no tiene el Espíritu de Cristo, no le pertenece” (Rm 8,9). A los Efesios Pablo les dice que son “morada de Dios en el Espíritu” (Ef 2,22). En esta última frase hay una velada alusión a la fe judía que creía que a Dios sólo se le podía encontrar en el templo de Jerusalén, donde él tenía su morada. Ahora la tiene en cada cristiano por la presencia en él del Espíritu Santo. La persona del cristiano es el templo del Espíritu Santo, como dice Pablo a los corintios: “¿No saben que su cuerpo es templo del Espíritu Santo, que Dios puso en ustedes?” (1Cor 6,19). Cuerpo, en este caso, significa la persona del cristiano.

El Espíritu Santo actúa permanentemente en nosotros con sus dones o carismas, que no son elementos ornamentales, sino impulsos y actitudes permanentes que nos llevan a un estilo de vida y a un compromiso de misión: “nos enriquece con sus dones, especialmente con la caridad, carisma supremo que nos impulsa a amar a Dios y al prójimo” (12b).

Aunque en este número no se diga explícitamente, el Ideario da por supuesto que el Espíritu Santo, con la consagración bautismal, nos capacita para la misión y nos envía. Ungidos por el Espíritu en el bautismo podemos “repetir las palabras de Jesús: ‘El Espíritu del Señor está sobre mí; por lo cual me ha ungido para evangelizar a los pobres, me ha enviado a proclamar la liberación a los cautivos y la vista a los ciegos, a poner en libertad a los oprimidos, y a proclamar el año de gracia del Señor’ (Lc 4, 18-19). De esta manera, mediante la efusión bautismal, el bautizado participa en la misma misión de Jesucristo” (Ch L 13c).

3. Incorporación a la comunidad de los bautizados.

El Ideario dice que “por el bautismo hemos sido incorporados a la Iglesia, nuevo pueblo de Dios”(12c). En efecto, la vocación cristiana es esencialmente convocación, es decir, llamada formar parte del pueblo de Dios con todos los llamados a la misma comunión. “Fue voluntad de Dios el santificar y salvar a los hombres, no aisladamente, sin conexión alguna de los unos con los otros, sino constituyendo un pueblo” (LG 9 a; AG 2).

La Iglesia, comunidad de los bautizados, es prolongación e imagen de la comunión trinitaria entre el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo. La Iglesia viene de la Trinidad y, como Ella, tiene que ser comunión de personas diferentes. En los números 17 y 18 el Ideario presentará con mayor amplitud la dimensión comunitaria de nuestra vocación.

4. Todos estamos llamados a la santidad.

El último párrafo del número que estamos comentando habla de la llamada a la santidad o a la perfección como un elemento esencial de la vocación cristiana. Por eso comienza diciendo: “por la elección de Dios y por sus dones estamos llamados...” y luego señala la meta a la que estamos llamados y hacia la que hemos de caminar: “la perfección de la vida cristiana, siguiendo a Jesús bajo la acción del Espíritu” (12d).

Gracias al concilio Vaticano II, pasó a la historia como un elemento anticuado la idea de que sólo los sacerdotes y los religiosos estaban llamados a la santidad o a la perfección de la vida cristiana. Sólo de los obispos y los religiosos se decía que pertenecían al “estado de perfección”. Hoy sabemos muy bien que la fuente primera y principal de la santidad no es la consagración sacerdotal ni la religiosa, sino la consagración bautismal. Ya en el bautismo, al recibir el Espíritu Santo, somos hechos radicalmente santos. “Los seguidores de Cristo... han sido hechos por el bautismo, sacramento de la fe, verdaderos hijos de Dios y partícipes de la naturaleza divina y, por lo mismo, realmente santos. “En la Iglesia todos están llamados a la santidad” (LG 39).

El concilio Vaticano II dice sin ambages: “Es, pues, completamente claro que todos los fieles, de cualquier estado o condición, “están llamados a la plenitud de la vida cristiana y a la perfección de la caridad. Y esta santidad suscita un nivel de vida más humano incluso en la sociedad terrena. En el logro de esta perfección empeñen los fieles las fuerzas recibidas según la medida de la donación de Cristo, a fin de que, siguiendo sus huellas y hechos conformes a su imagen, obedeciendo en todo a la voluntad del Padre, se entreguen con toda su alma a la gloria de Dios y al servicio del prójimo” (LG 40).

Más adelante dice este mismo documento conciliar: “Quedan, pues, invitados y aun obligados todos los fieles cristianos a buscar insistentemente la santidad y la perfección dentro del propio estado” (LG 42)

La fuente de la santidad es el Espíritu Santo que Dios ha enviado a nuestros corazones. Por eso dice el concilio que la santidad “se manifiesta en los frutos de gracia que el Espíritu produce en los fieles” (LG 39). El fruto principal es el amor. Por eso la santidad se concreta en el amor incondicional a Dios y a los

demás, que, como ya dijimos, son las coordenadas del seguimiento de Jesús. Nos lo dice también el Vaticano II: Dios “envió a todos el Espíritu Santo para que los mueva interiormente a amar a Dios con todo el corazón... y a amarse mutuamente como Cristo les amó” (LG 40).

La santidad, pues, según el concilio Vaticano II se concreta en un amor incondicional a Dios y a los demás.

5. La meta última: compartir la herencia definitiva del Hijo.

Este número 12 del Ideario termina invitándonos a alzar la mirada a la meta final de nuestro itinerario vocacional: “compartir un día la herencia definitiva de Cristo”. En las referencias bíblicas a pie de página cita un pasaje de la carta a los romanos y otro de la carta a los colosenses. En la carta a los romanos San Pablo argumenta que si somos hijos de Dios, somos también herederos: “herederos de Dios y coherederos de Cristo, ya que sufrimos con él, para ser también con él glorificados”. La meta es compartir la gloria del Resucitado. A los colosenses San Pablo les dice que Dios nos ha llamado a “participar de la herencia de los santos en la luz”, es decir a compartir el gozo definitivo con los demás seguidores de Jesús.

Para dialogar:

- a) *¿Cuándo y cómo sentiste la llamada de Dios Padre a seguir a Jesús?*
- b) *¿Qué quiere decir la afirmación de que en el bautismo se hace realidad germinalmente el proyecto que Dios tiene sobre nosotros?*
- c) *En el bautismo, momento constituyente de la vocación cristiana, actúan las Tres divinas Personas ¿qué se atribuye a cada una de ellas?*
- d) *El Vaticano II afirma que todos estamos llamados a la santidad ¿En qué consiste la santidad cristiana?.*

3

LAS BIENAVENTURANZAS COMO REGLA DE VIDA

13 Como todos los cristianos, estamos llamados a hacer de las bienaventuranzas nuestra propia regla de vida (LG 39; AA 4).

Ello implica: optar radicalmente por Cristo (Mt 10,37) y hacer del Reino de Dios el valor supremo (Mt 13,44; Lc 9,60), a cuyo servicio ponemos todo lo somos: nuestra vida, nuestra capacidad de amar, nuestra libertad y nuestra relación con los bienes terrenos.

La vida según las bienaventuranzas nos exige renunciar a todas las seguridades que nos atan y que son un obstáculo para el seguimiento de Jesús y la extensión del Reino de Dios (Mc 10,21-22).

1. Recuperar las bienaventuranzas para los seculares.

El primer párrafo de este número 13 es una declaración de gran importancia: tenemos que hacer de las bienaventuranzas nuestra propia regla de vida. En la expresión “como todos los cristianos” encontramos la afirmación clara de que las bienaventuranzas son para todos los cristianos y no sólo para un grupo selecto, como se creía hace algunos años y como piensan todavía hoy personas que se han quedado ancladas en el pasado.

El mismo concilio Vaticano II, que recuperó las bienaventuranzas para todos los cristianos, se muestra a veces algo titubeante, por ejemplo, cuando al comparar los tres estados de vida cristiana presenta como característico de los religiosos el proporcionar “un preclaro e inestimable testimonio de que el mundo no puede ser transformado ni ofrecido a Dios sin el espíritu de las bienaventuranzas” (LG 31).

En otro documento conciliar aparece de manera más clara la recuperación de las bienaventuranzas para los seculares: “La caridad... capacita a los seculares para expresar realmente en su vida el espíritu de las bienaventuranzas. Siguiendo a Jesús pobre, no se abaten por la escasez ni se ensoberbecen con la riqueza; imitando a Cristo humilde, no ambicionan glorias vanas (cf Gal 5,26), sino que procuran agradar a Dios antes que a los hombres, dispuestos siempre a dejarlo todo por Cristo (cf Lc 14,26) y a padecer persecución por la justicia (cf Mt 5,10).” (AA 4e).

2. Las bienaventuranzas como regla de vida.

Los evangelios nos ofrecen dos versiones bastante distintas de las bienaventuranzas: la de Lucas y la de Mateo. Entre ellas hay notables diferencias de enfoque y hasta de número, pues mientras Mateo recoge 8, Lucas habla de 4 y añade otras cuatro malaventuranzas o desdichas.

2.1. Las bienaventuranzas en la versión de Mateo

En las bienaventuranzas según la versión de Mateo predomina el carácter ético y vienen a ser las normas fundamentales por las que se tiene que regir la vida del cristiano. Mateo habla de las actitudes del seguidor de Jesús; los que tienen esas actitudes son llamados dichosos.

Mateo, al colocar las bienaventuranzas al principio de la predicación de Jesús, nos quiere decir que son la carta magna del Reino de Dios y de la nueva comunidad. Dios nos va a juzgar con esta única ley en la mano (Mt 25,31-46).

Las bienaventuranzas son la ley fundamental de toda la vida cristiana. Sabemos que la ley fundamental de la vida cristiana no puede ser otra que Cristo mismo y su Evangelio. Pero las bienaventuranzas son el retrato

de Cristo y la síntesis de todo el evangelio. Además son "evangelio", es decir, no son únicamente anuncio, invitación o propuesta, sino que son también don, gracia, acontecimiento, acción de Dios en nosotros, y por eso son Evangelio, es decir una buena y sorprendente noticia de algo que ya ha sucedido. Hacen realidad en nuestra vida lo que proclaman; son fuerza que nos ayuda a caminar como seguidores de Jesús y continuadores de su misión. Como dijo el Vaticano II, "la caridad de Dios, que se ha derramado en nuestros corazones por virtud del Espíritu Santo que nos ha sido dado (cf. Rm 5,5), capacita a los seglares para expresar realmente en su vida el espíritu de las bienaventuranzas"(AA 4e).

2.2. Las bienaventuranzas según el evangelio de Lucas

En la versión de las bienaventuranzas que recoge Lucas predomina el carácter social y éstas se refieren hechos y acciones de Dios como liberador. Más que programa de vida, son anuncio de un acontecimiento de liberación de situaciones de pobreza, hambre, sufrimiento y persecución. Jesús declara bienaventurados a quienes viven en esas situaciones, no porque vivan en ellas ni por sus buenas actitudes, sino porque van a ser liberados. Y Dios los va a liberar, no porque ellos sean buenos (por sus actitudes), sino porque El es bueno, porque es un rey justo y no puede permitir en su Reino esas desigualdades e injusticias. Los pobres son bienaventurados, no por sus actitudes espirituales, sino porque van a ser liberados de la pobreza y de los sufrimientos y humillaciones que conlleva. El carácter social que tienen las bienaventuranzas en Lucas adquiere aún más relieve por las cuatro desdichas que pone después de las bienaventuranzas.

Cuando Jesús dice: dichosos vosotros que ahora tenéis hambre, porque seréis satisfechos; felices vosotros que lloráis, porque reiréis" (6,21) anuncia que va a cambiar su situación en el futuro. Este cambio de situación a favor de los pobres y en contra de los ricos, Lucas ya lo había puesto en boca de María, en el Magnificat. Lo anunció también con la parábola del pobre Lázaro y el rico (16,19)..

3. Las bienaventuranzas en el Ideario

Practicar las bienaventuranzas desde el enfoque de Mateo significa un cambio profundo de vida y de actitudes. Vivirlas desde el punto de vista de Lucas significa unirse a Dios y colaborar con él en su empeño por cambiar las situaciones de los oprimidos y esclavizados. Ambos enfoques son complementarios e inseparables.

El Ideario presenta las bienaventuranzas desde el enfoque que tienen en el evangelio de Mateo, es decir, como la ley fundamental del Reino de Dios, como la regla de vida de todos los que aceptan la invitación a seguir a Jesús: "Como todos los cristianos, estamos llamados a hacer de las bienaventuranzas nuestra propia regla de vida" (13 a).

Por ser regla de vida, no se han de quedar en principios teóricos, sino que han de configurar nuestro modo concreto de existencia, nos han de impulsar a determinadas actitudes, vivencias, actos y modos de vivir, tratando de sentir y vivir como lo hizo Jesús. De este modo, el Ideario nos impulsa a vivir las bienaventuranzas desde el enfoque de compromiso social que tienen en Lucas.

4. La vida según las bienaventuranzas supone una opción radical por Cristo y por el Reino de Dios.

Tanto la versión de Mateo como la de Lucas resaltan que los destinatarios de las bienaventuranzas serán felices si las actitudes y los actos que en ellas se enumeran los viven por la causa de Jesús y del Reino de Dios. Por eso el Ideario indica que la opción por las bienaventuranzas como regla de vida es ante todo opción por el que las ha proclamado y las ha vivido de modo ejemplar: Jesús de Nazaret, el Cristo. Dice el Ideario que sin "optar radicalmente por Cristo"(13 a), las bienaventuranzas no tienen sentido para nosotros ni existe posibilidad alguna de que las vivamos, ya que nos faltaría la fuerza interior que hace posible vivir según las bienaventuranzas. Esa fuerza es Cristo mismo, quien, con el impulso de su Espíritu, quiere proseguir en nosotros su modo de vida.

El Ideario dice también que hacer de las bienaventuranzas la propia regla de vida "implica hacer del Reino de Dios el valor supremo". La opción radical por Cristo incluye optar por la causa que dio sentido a su

vida, a su predicación y a su pasión, muerte y resurrección: el Reino. Las bienaventuranzas tienen pleno sentido dentro del marco y de la dinámica del Reino. Son la ley fundamental del Reino. Nadie puede ser ciudadano de este Reino si no asume y vive esta ley; y nadie la puede asumir y vivir, si primero no opta radicalmente por el Reino. Como el Reino de Dios es don y no conquista humana, optar por el Reino significa abrir el corazón y la vida entera a ese don para que nos transforme.

5. La vida según las bienaventuranzas exige ponerlo todo al servicio del Reino

Lo dice sin rodeos el Ideario: “ello implica hacer del Reino de Dios el valor supremo, a cuyo servicio ponemos todo lo que somos: nuestra vida, nuestra capacidad de amar, nuestra libertad y nuestra relación con los bienes terrenos” (13a).

El proceso para hacer de Cristo y del Reino los valores supremos que ocupen el primer lugar en nuestra vida y le den sentido, y en el empeño por poner al servicio de Cristo y del Reino “todo lo que somos”, podemos distinguir dos momentos:

- a) Abrirnos a Cristo y al Reino, dejar que su presencia y su fuerza invadan todas las dimensiones de nuestro ser, comenzando por lo más rico y profundo, “nuestra capacidad de amar” y “nuestra libertad”, y siguiendo por “nuestra relación con los bienes terrenos” y todas las demás relaciones, aspectos y dimensiones que se incluyen en la expresión: “nuestra vida”. Es el deseo que expresamos al pedir: “venga a nosotros tu Reino”.
- b) La fuerza de Cristo y del Reino, presente en nosotros, no sólo invade todo lo que somos, sino que lo ordena todo conforme a las exigencias de Cristo y del Reino. Nos lleva a ponerlo todo: bienes, afectividad, libertad, etc, al servicio del Reino y de Cristo. Ello determina un modo nuevo de vivir la afectividad, el amor, la libertad y la relación con los bienes terrenos; nos lleva a vivir estas realidades según las dos coordenadas del Reino, como hijos de Dios y como hermanos entre nosotros.

6. La vida según las bienaventuranzas exige renunciar a las falsas seguridades

Lo recuerda el Ideario cuando dice: “La vida según las bienaventuranzas exige también renunciar a todas las seguridades que nos atan y que son un obstáculo para el seguimiento de Jesús y la extensión del Reino de Dios” (13b).

El conjunto de renunciaciones que comporta la vida según las bienaventuranzas está resumido en la frase: “todas las seguridades”. Podemos ver aquí, ante todo, una alusión a la bienaventuranza de la pobreza que incluye la renuncia a nosotros mismos y a la confianza en nuestras propias fuerzas para ser humildes ante Dios y poner en Él nuestra seguridad; incluye también la renuncia a poner la confianza en las riquezas y en cualquier tipo de poder.

Este párrafo del nº 13 señala también el motivo de estas renunciaciones: eliminar todo lo que nos impide dedicarnos en cuerpo y alma al “seguimiento de Jesús y a la extensión del Reino de Dios” dentro de la realidad en que vivimos y según el estado de vida que, por vocación, hemos abrazado.

Para dialogar

- a) *¿Qué diferencias hay entre las bienaventuranzas que recoge Mateo y las que recoge Lucas?*
- b) *¿En cuál de las dos versiones se inspira más el Ideario?*
- c) *¿Qué exigencias comporta el vivir según las bienaventuranzas?*
- d) *Compartir sobre la importancia que tienen para nosotros las bienaventuranzas como regla de vida.*